

FE. HISPANIDAD

Dogmática de lo filipino

Señores:

Este Congreso Hispánico de Filipinas viene a recordarnos lo mucho que debemos, como nación independiente, al lenguaje español, a la cultura hispánica que es la columna vertebral de la cultura filipina.

Cuando se habla de cultura filipina, es imprescindible mencionar la lengua española que, como vehículo de esa imponderable cultura hispánica, nos ha enseñado a buscar a Dios en alas de la oración y la fe, y acercarnos a El por los luminosos derroteros del arte y la belleza. También fue ese idioma la llave de oro que nos abrió el tabernáculo de las patrias libertades. Por eso, todos los filipinos, con raras y tristes excepciones, están contestes en afirmar que ese idioma español ya forma parte del alma nacional, o, como dice el gran nacionalista Recto, es ya carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre.

Si nosotros, los filipinos, por un patriotismo mal entendido y miope y exagerado, damos carta de ostracismo a ese magnífico idioma, que fue y sigue siendo la maravilla del mundo culto, cometeremos un suicidio cultural.

Es crimen de lesa patria,
un suicidio cultural
el desarraigar esa habla
de esta tierra de Rizal.
Para las lenguas dotado,
no roben al filipino
ese lenguaje divino
que de España ha heredado.
No puedan la malquerencia
ni un miope nacionalismo,
hacernos perder la herencia
valiosa del hispanismo.

En estas tierras del sol,
por imperio de la ley,
siga siendo idioma rey
nuestro lenguaje español.

Pues sí. Esa lengua es nuestra.
Es de esta España oriental
que no rehuye la palestra,
en la lucha desigual.

Desterrar el español en este momento histórico que vivimos es cerrar, cegar la fuente clara e inagotable que nos puede surtir de palabras que urgentemente necesitamos para hacer de nuestro idioma nacional, en un futuro más o menos lejano, un lenguaje internacional. Piénsenlo los detractores del español. No nos forjemos ilusiones, no queramos engañarnos a nosotros mismos. Con el tagalo y otras lenguas vernáculas del país, no podemos seguir el paso acelerado del progreso y la cultura mundial. Necesitamos un lenguaje universal, un idioma de matices ecuménicos cuyos vocablos y giros lingüísticos sean asimilables a nuestras lenguas vernáculas. Y ese idioma es el español, cuya fonología es similar a la nuestra. Decimos "koreo" del español "correo", y a nadie se le ocurre (ni aún al más americanizado) decir "postage". Decimos aeroplano, avión, palabras de pura cepa española; y no "airplane"; "baile" y no "ball" etc. etc. Si los hispanófobos recapacitaran un poco, y no se dejaran llevar de su apasionamiento ni de su espíritu de contradicción verían todo eso con una claridad meridiana. ¡Cuánta verdad encierra aquello de que no hay peor ciego que el que no quiere ver; ni peor sordo que el que no quiere oír!

El filipino tiene fama de ser un ente extraordinariamente dotado para la música. Algunos han llamado a Filipinas la Italia del Extremo Oriente o la pequeña Italia. Pues bien, aun los que tienen tanta fobia, sienten tanta antipatía al armonioso lenguaje de Lope y Calderón, porque no lo entienden, no pueden menos de confesar que es un

idioma musical o una lengua hecha música. Sí, el castellano es música para el oído y maná para el alma.

En el campo espiritual ese idioma, ya lo he dicho más de una vez y no me cansaré de repetirlo, tiene la gracia santificante y la virtud santificadora de la palabra. Y no me dejarán mentir los más grandes ascetas y místicos, como San Juan de la Cruz y Sta. Teresa de Jesús que usaron esa lengua en sus diálogos elocuentes, sublimes, maravillosos con la Divinidad.

Los autos sacramentales,
donde lo divino asoma,
se han escrito en ese idioma
de sabores edeniales.

Juan de la Cruz y Teresa
usaron el castellano,
cuando tomaron la empresa
de divinizar lo humano.

Podrán desaparecer de nuestros cuerpos legales las famosas 24 "unidades" de español en colegios y universidades; pero será obra de romanos desarraigar, arrancar de cuajo los mil y mil vocablos españoles que ya están en la trama y urdimbre de nuestras lenguas vernáculas. El fracaso, aparente o no, de las 24 "unidades" se convertiría en un rotundo éxito poniendo otras "unidades" en los cursos elementales y secundarios de la enseñanza. Ya que necesitamos un segundo lenguaje para nuestras relaciones internacionales, ¿y por qué no ha de ser el español que es el más asimilable a nuestro modo de ser y de pensar y más fonológicamente emparentado con nuestras lenguas vernáculas?

Siempre hago rostro a la realidad enemiga. Nunca me ha gustado el derrotismo. Quiero ser optimista siempre. En la lucha sólo pienso en el triunfo. Es la sangre de rajás y de mártires cristianos que corre por mis venas. Yo sé muy bien que el idioma español, sobre todo el literario, está pasando su calle de amargura en Filipinas. Pero, sé

también que aún vive. No se ha rasgado todavía el velo del templo de la hispanidad. Es la noche oscura del español, es verdad. Mas, Dios, que es providente, nos manda un Giménez Caballero, español, y un Bernal, mejicano, hispanoamericano, para iluminar nuestra noche lóbrega con la luz de su palabra bella, confortante, y el brillo de sus ideas fecundas, esperanzadoras, salvadoras de la común cultura.

Si algún día (Dios no lo permita) en Filipinas hiriese nuestros oídos el lúgubre canto del "Requiem eternam" sobre el cadáver de la lengua que inmortalizaron Cervantes y Rizal, ;no lo dudéis! ello se deberá a la inconsecuencia, insinceridad, ingratitud y doblez de almas que aparentaron, pretendieron quererla con sus labios y promesas hueras, para después crucificarla y matarla con sus hechos y su conducta. Es el beso del Iscariote.

Las generaciones futuras de Filipinas que se verían huérfanas de la valiosa herencia ¿no tendrían razón de echarnos en cara nuestra parte de culpa, por nuestra apatía, por nuestra indiferencia y descuido? ¡Ah! Nosotros que una y mil veces hemos jurado romper lanzas por la causa del español, hagamos un minucioso examen de conciencia, y preguntémos: ¿Qué hemos hecho por ese idioma al cual queremos como a la niña de nuestros ojos? ¿Cuántas veces pudimos haber hecho un gran bien a esa lengua, y sin embargo, no se lo hicimos? ¿Necesitaba de nuestro apoyo material y se lo habíamos negado? Y otras mil preguntas más que delatarían nuestra vergonzosa culpabilidad. Pues bien, señores hispanistas, queridos hispanófilos, aún es tiempo de enmendar el error. La causa no está del todo perdida todavía. Aprestémos a la lucha, pongamos a contribución todas nuestras fuerzas, que así lo exigen los sacratísimos intereses de la patria. Si perdemos el castellano y la cultura hispánica tal vez vivamos en magníficos rascacielos y con aire acondicionado o refrigerado; pero viviríamos en la más triste orfandad, y la orfandad es un

gravísimo mal, una gran desgracia que enerva el espíritu más animoso y denodado.

¿Morirá el español en Filipinas?

Puede ser. Quedarán gloriosas ruinas
en todos los dialectos del país:

¡cuántas voces de hispánica raíz!

¿No es esa jerigonza chabacana
dialecto de la lengua castellana?

Pues está en nuestra lengua ese lenguaje,
sublime esa unión su aprendizaje.

Suceda a la pasión serena calma,
y aclame al español la nativa alma.

Lengua de suyo alegre cual la aurora,
también sabe llorar con el que llora.

Ella no es sólo propiedad de España:
es de ese mundo, entraña de su entraña
de ese gran mundo hispánico fecundo,
capaz de mejorar con su fe el mundo.

¡Fuera un querer irracional, vesánico,
desgajarse del fuerte tronco hispánico!

Si con la Hispanidad no está unida,
esta Perla estará en el mar... ¡perdida!

Sí, nuestra es esa lengua de Cervantes.

La heredamos de hispanos navegantes;
de aquella noble y calumniada España
que hazaña de Dios hizo de su hazaña;
que si, humana, cometió errores;
también nos dio el Amor de los amores.

Tengo para mí que defender el castellano, fomentarlo y propagarlo es "hacer patria", es un acto patriótico del más subido quilate, es hacer justicia a la sangre de nuestros mártires y héroes que con su verbo castellano, en novelas, proclamas, arengas, volantes y escritos de todo género, incendiaron en el alma de nuestros patriotas el fuego de la libertad y la independencia.

Si la temática central de este Congreso es la dinámica del nacionalismo filipino, me aventuro a afirmar que la dog-

mática de lo filipino debe sintetizarse en estas dos palabras:
FE. HISPANIDAD.

Por ser este Congreso "digno colofón de la celebración del cuarto centenario de la cristianización de Filipinas", permitidme que haciéndome eco de las solemnísimas fiestas celebradas en Cebú, os diga:

Era Filipinas flor
con sus pétalos paganos;
mas el Dios de los cristianos
la perfumó con su amor.

Demos gracias al Señor:
Su providencia divina
hizo un trono de su amor
a esta tierra filipina.

Y a la misionera España que fue la mensajera de ese amor de Cristo a Filipinas, le digo:

Si, por voluntad divina,
ya los políticos lazos
quedaron hechos pedazos;
España, sobre esa ruina,
en mi tierra filipina,
aún tu imperio queda en pie;
porque aquí fulge y se ve
la luz de tu hermoso idioma,
y aún nuestras almas aroma
pura esencia de tu Fe.

Emeterio Barcelón y Barceló-Soriano

Discurso pronunciado en la sesión de clausura del Congreso Hispánico de Filipinas el día 8 de mayo de 1965.